

# Pedro Martir o la Invención del Nuevo Mundo



*El Gallo Ilustrado*

16.10.77

16.10.77

El G.I.

conquista. En esos años pueden observarse tres códigos de una misma lectura de la realidad: a) el código indígena que corresponde a la producción prehispánica; b) el código español que corresponde a la producción literaria que acompaña la aventura de los conquistadores y c) el código mestizo-americano que corresponde a la producción con autoconciencia de este nuevo contexto. Las *Décadas* de Anglería, corresponden históricamente al segundo de esos códigos, pero adelantan el tercero y (al menos como hipótesis) adivinan al primero que Pedro Mártir no pudo conocer. Su invención hoy se nos aparece como mucho más realista que las *Relaciones y Libros de Verdad* de los que recorrieron las tierras de América con las ideas del mundo feudal. Y es explicable: el reconocimiento de lo distinto, de lo que no es habitual, la aceptación de un mundo que no es el nuestro, el encuentro de distintas culturas, ha sido (y es aún) un proceso doloroso. Lo fue, lo es para las culturas sumergidas de América, pero también para los hombres del código español. Imaginemos al hombre creyente en un solo Dios Todopoderoso que de pronto se encuentra con los dioses del maya o el inca o el azteca; imaginemos el instante en que los nuevos mitos de ese Nuevo Mundo de Pedro Mártir lo contradicen, descreen de su creencia. Naturalmente ese hombre puede incendiar los templos y derribar los ídolos. Puede vencer pero no convencer (como diría Unamuno ante el fascista) no puede convencerse. Debe admitir la presencia del otro, de lo distinto (lo que Pedro Anglería podía admitir desde su pensamiento) debe reacondicionar sus ideas (su identidad) para aprehender el mundo: el nuevo. Observamos un caso opuesto al de Pedro Mártir: el de Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) autor de la *Historia general y natural de las Indias*. El, sí, como diría mi amigo Rangel, sacraliza el hecho consumado. Es un típico exponente de la época: lo dicen tanto sus aficiones como sus oficios: es, al mismo tiempo, soldado, letrado y burócrata. Sólo en un momento está cerca de nuestro Pedro Mártir: cuando ejerce la literatura, cuando se deja llevar por

los sueños e imaginéras y leyendas que avergüenzan luego al hombre sensato. El buen Gonzalo comienza traduciendo libros de caballería, libros de los que se arrepiente al llegar a la edad de la razón (que otros llaman de la servidumbre o el sometimiento) y que inquietan las muy sensatas observaciones de Gonzalo en el Nuevo Mundo. Arrepentido de este mal comienzo literario, Fernández de Oviedo exagerará su virtud de hombre que sólo cuenta la verdad. Dirá (y su tono nos recuerda el de los ideólogos actuales del Cono Sur): "libreme Dios de tamaño delito y encamine mi pluma a que con verdad escriba lo que sea conforme a ella y alabanza de la misma verdad que es Dios". Su visión mesiánica, hace que defienda con la espada y la palabra a ese Dios que encomendó a España la difusión de su religión universal. Totalitario, el ex poeta y traductor sueña una monarquía del Universo que tiene su centro, naturalmente, en España. El problema, al fin, era reconocer otro código: el indígena. Al conquistador le era fácil aceptar que estaba aquí una parte de la Naturaleza, que había plata, oro, tierras cultivables, diferentes especies de animales y plantas. Pero había algo más, algo que debía inquietar el pensamiento del conquistador: había hombres. ¿O no eran hombres los indígenas? Para algunos, para muchos, era más cómodo creer que el indígena era un ser irracional. Podían ver las pirámides del azteca, las obras de ingeniería de los incas y continuar afirmando que el único ser racional era el blanco. Se podía aceptar (y conquistar) la tierra, el animal, la planta: pero era difícil (¿no lo es aún?) aceptar las leyes de un Nuevo Mundo, tan complejo en su conformación socio-étnica que exigía una nueva valoración del hombre. Ese Nuevo Mundo, al que pertenecemos, poco tiene que ver con la vieja lámina de *Bulliken* que miraba absorto hace muchos años un niño de la Argentina, la misma que hoy recuerda en México el devoto lector de Pedro Mártir Anglería. Mis respetos (como se dice aquí) por el señor que intuyó el Nuevo Mundo. Mis respetos también por ese cierto Colón, de Liguria.